

En nombre de la Academia Colombiana os declaro individuo numerario suyo; y vos invito a ocupar vuestra silla, después de dar el acostumbrado abrazo de confraternidad y paz a los que ya son vuestros colegas.

R. M. C.

UN ROBINSON NOVISIMO

La historia que se os va a referir es verdadera.

Bien sabemos que no faltan en nuestros días escritores misántropos que, descontentos o fastidiados por las esquiveces del éxito o bien por otra causa cualquiera, se escapan, en la primer coyuntura, de la ciudad en que moran para ir a buscar compensador tempero en la linde de un bosque o a las márgenes de un tranquilo riacho; pero en manera alguna tienen pecho para confinarse a la pampa inclemente o a los oquedales del otro cabo del mundo. Sienten dentro de sí que la fiebre ciudadana, la agitación, el movimiento, la lucha que tanto condenan y dicen detestar tienen un singular atractivo del cual no les es dable prescindir.

De otra parte, ay!, por más que uno se hurte al tráfigo del día, a la intriga y a la moda, a las ferrovías subterráneas, a los pasteles *a la crème*, a las encrucijadas de los caídos, después de todo, siempre acabará por morir allá en una isla inhabitada, tenida, más o menos provisoriamente, como un sustituto del paraíso.

Mas el caso que nos ocupa es harto diferente: es el de un escritor nativo de la Gran Bretaña, la tierra de los tipos más singulares.

No há mucho, pues, el *Times*, el serio *Times* de Londres estampaba en menudos caracteres una noticia necrológica: la muerte de M. E. J. Banfield, escritor inglés, acaecida a los setenta años de edad en la isla de Dunk, jurisdicción de Queenslandia septentrional (Aus-

tralia), después de haber vivido allí solo con su mujer durante un período de veinticinco años. La trivial noticia estaba adicionada con este rasgo, breve e inesperado.

«Al pasar por frente de la isla de Dunk el vapor 'Innisfail', la tripulación divisó en la playa a una mujer que hacía señales. Echóse al mar una ligera embarcación y presto se descubrió que el único habitante de la diminuta isla era esa mujer, la cual acababa de quedar viuda de M. E. J. Banfield. La tripulación hubo de fabricar un ataúd con la madera de a bordo y el capitán dispuso la celebración de un servicio fúnebre. En seguida invitó a Mme. Banfield a dejar la isla, cosa que ella rehusó. Entonces el capitán inquirió si alguno de los tripulantes quería quedarse para prestar sus servicios a la anciana viuda. Brindáronse muchos espontáneamente, y de ellos el capitán designó al que juzgó más adecuado.»

El escritor Banfield, aburrido de la civilización, se marchó uno de esos buenos días del año 1898 a vivir en una incógnita isla, lejos de las grandes metrópolis y de su actividad fementida. Tuvo el tino de ponerse en buena hora a cubierto de los horrores de la gran guerra, de la guerra sabia, de la inaguantable altanería de los nuevos ricos, de la crisis de los alojamientos, de las huelgas, de la pesadilla bolchevique, de las maravillas de la T. S. F.

Al leer en el *Times* aquella información, sorprendente no hay que dudarle, otro hijo de Albión, M. H. J. Massingham se movió a buscar para el servicio del *Cassel's Weekly* las producciones de E. J. Banfield. El original escritor, que en su retiro no podía colaborar ya en los diarios y no tenía gana de mantener correspondencia con revistas y *magazines*, dejó tres libros: *Mis confesiones* (1908), *Mi isla tropical* (1911) y *Días tropicales* (1918).

Estas obras dan testimonio de que su autor no emigró de resultas de contratiempo alguno o de una gran pérdida de dinero; su partida no fue un acto impulsivo sino efecto de la reflexión. El mundo, las convencionalidades, la uniformidad de la vida habían hostigado su espíritu nostálgico de independencia. Quiso vivir «de acuerdo con sus conceptos de primitividad,» trabajar para asegurarse la subsistencia y paladear el sabor de todos sus caprichos. No huía de la vida, como otro desterrado que se instaló en una isla vecina a la suya por un despecho de amor y que privado de todo murió de hambre en el abandono; no, muy al contrario, anhelaba vivir, pero vivir su propia vida, no una vida regulada, medida, amartillada, cohibida por las voluntades, los deseos, las fantasías, las preocupaciones, los errores de los demás.

Tomó en arrendamiento a la gobernación de Queensland, a razón de dos chelines seis peniques el acre por año, toda la isla de Dunk, que medía algo más de tres millas cuadradas (1). Dominio en otro tiempo de una tribu de negros oceánicos, la isla a la sazón estaba desierta; bastante fértil, producía bananos, patatas, mangos, naranjas, café; en los peñascales de la costa ofrecía abundancia de ostras y legiones de cangrejos y moluscos y, en contorno, un mar henchido de peces.

¿Qué hacía E. J. Banfield en su isla? Librase de las torturas de la soledad, porque su mujer ha tenido a bien acompañarle; se halla feliz; a la verdad ambos lo son. Admirador de la armonía de la naturaleza, procura no turbarla, de lo cual nos deja un episodio que merece ser referido.

Cuando llegaron a la isla, Banfield y su mujer proyectaron ocuparse en la apicultura, pero sus colmenares fueron destruidos por los pájaros, que todos los días

(1) La milla cuadrada tiene 640 acres.

devoraban centenares de abejas. Banfield renunció a su intento, y el dinero que hubiera podido gastar en comprar cartuchos para hacer la caza a los dañinos volátiles, lo invirtió en *importar* la miel que deseaba. No quería usurpar a los pájaros su soberanía en la isla; cuanto más se multiplicaban, mayor era el contento de Banfield. Así el islote de Dunk llegó a ser el edén de las aves.

Por eso los tres libros que escribió durante los veinticinco años de voluntario ostracismo contienen acerca de las plantas, los animales, las aves de la isla minia-tura observaciones y datos llenos de precisión e interés. En su isla, que él bautizó «La isla de los perfumes y del silencio,» todo le presta materia para largas y minuciosas investigaciones. En medio de los trabajos que ha tenido que imponerse, dispone de tiempo para levantar los ojos a la altura lo mismo que para volverlos hacia el humilde suelo. Sus necesidades cotidianas le obligan a hacer él mismo de carpintero y de pintor, de arquitecto y de menestral, de juez, de armador de botes, de remero y de jardinero, de leñador, de aguandero, de colono, mas no por eso deja de ser geólogo y naturalista, comprende el lenguaje de los pájaros aun el de las aves de paso, espía las soñolientas tortugas y observa paciente el crecer de los árboles, es interesado testigo de todas las palpitations de la pujante naturaleza.

¿Había él conocido a Maeterlink y a Fabre? No es posible asegurarlo. Empero puede que un día acaso en Inglaterra o en Francia o bien en cualquiera otro país al topar con las obras de Banfield se descubra en ellas un deleite y un encanto sin ejemplo y del todo peculiares.

Banfield fue un hombre feliz. Fue también del corto número de aquellos que «huyen el mundanal ruido y

siguen la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido.» Porque ¿quién hay de entre nosotros que, en plena sinceridad, deseara deportarse a una insula desierta, aunque fuese «La isla de los perfumes y del silencio,» para perder allí todo contacto con la animación de los días modernos? Y ¿quién hay entre nosotros que tuviese la fortaleza necesaria para decir adiós a la ambición de ser admirado y de hacerse célebre y para renunciar al ilusionante *confort* de las edificaciones del día, a la comodidad de hallar recolectados sus frutos en la tienda del abastecedor y de hacer su pesca dentro de las geométricas cajas de conserva, para ir nada menos que a enfrentarse con la lucha por la vida a cielo abierto y bajo la ruda intemperie? El dichoso Banfield fue, pues, más que un sabio: fue un varón fuerte... Hoy ¿cuántos lo son?

Y ahora, para terminar, sólo resta que repitamos que la historia que se os ha referido es verdadera.

FRANCISCO M. RENJIFO

(Variaciones a un artículo de Paul-Luis Hervier en el diario *La Métropole*, 30e année, N.º 300, 28 octobre 1923 (Anvers).



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico